



J. J. Maldonado



El amor es un perro
que ruge desde los abismos

emecé cruz del sur

J. J. Maldonado

El amor es un perro que ruge desde los abismos



emecé
cruz del sur

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

El amor es un perro que ruge desde los abismos

© 2021, J. J. Maldonado

Editor: Gabriel Ruiz Ortega

Corrección de estilo: Leila Samán

Diseño de portada: Departamento de Diseño de Planeta Perú

Diseño de interiores: Giancarlo Salinas Naiza

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Perú S. A.

Bajo su sello editorial: Emecé Cruz del sur

Av. Juan de Aliaga N° 425, of. 704

Magdalena del Mar. Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: junio 2021

Tiraje: 340 ejemplares

ISBN: 978-612-4398-10-0

Registro de Proyecto Editorial: 31501202100151

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional
del Perú N.º 2021-04853

Impreso en Aza Graphic Peru S.A.C.

Av José Leal 257, Lince, Lima, Perú

Lima – Perú, junio 2021

*La struggle for life, che,
unos se regeneran y otros caen;
así es la vida...*

Roberto Arlt
El juguete rabioso

*La soledad... Eso es algo mucho peor
que ser regañado por tus padres.*

Sasuke Uchiha
Naruto

A mí

Yo quería que esta fuera una historia de amor, pero como el amor en la mayoría de historias suena a mentira, esta será una historia de terror, pues el terror últimamente es la única cosa en el mundo que suena a verdad, y yo, con mucha seriedad, con mucho ritmo, con mucho equilibrio, deseo decir toda la verdad —al menos toda mi verdad—, y así poder intervenir en un trozo concreto de mi vida, o de la vida de los otros que al final la compusieron sin lograr del todo encaminarla. Para empezar bastará saber que esto sucedió, más o menos, pero sucedió, y que por aquellos días yo tenía dieciocho años y parecía un delincuente. Digo «parecía», ya que a pesar de querer serlo no poseía la insolencia suficiente como para asaltar una casa, arrancar una cartera o desorientar a un policía. Eso sí, me drogaba sanamente con los amigos durante las noches en el parque Mandamiento, esa arboleda que estaba al frente de nuestro viejo bloque en el Callao. Allí solíamos pasar las horas improvisando, tazando a las chicas y, de cuando en cuando, yo los veía pescuecear a los sujetos que aparecían delante de nosotros presumiendo sus relojes o sus botas Caterpillar. Juro

que me habría encantado ayudar en esas ocasiones, pero no podía. El miedo al robo hacía que mis pies quedaran soldados al piso como los postes reventados de nuestras esquinas. Entonces terminaba paralizado, estúpido, viendo todo en cámara lenta, cuadro por cuadro, sin saber qué hacer y anulado de toda inteligencia. Por suerte mis bróders no se hacían problema con eso y dejaban que los acompañara aunque no les sirviera para nada.

Durante esa primera etapa de mi vida yo no tuve padre. Con esto quiero decir que jamás lo conocí: ni su olor ni su presencia aparecieron una sola vez. Lo único que supe de él fue que en sus tiempos llegó a ser un buen elemento del bloque, carne seria del barrio. Después, nada.

A mi madre sí la conocí. Pero se murió unos días antes de que yo cumpliera dieciocho años. Ella falleció en un accidente de tránsito cuando regresaba de un pueblo del sur, en la carretera cercana a San Vicente de Cañete, creo, o en Quilmaná. No estoy muy seguro. La última vez que la vi fue únicamente a través de una pantalla de televisión en la morgue. Al principio pensé que el reconocimiento del cuerpo sería como en las películas, donde recorrería un largo pasillo lleno de azulejos verdes en las paredes y fluorescentes rojos en el techo, o donde quizá algún tipo sacaría el cadáver de una nevera con ruedas y me diría: «La vida sigue, muchacho». Pero no pasó ni lo uno ni lo otro. Solo miré el cuerpo de mi madre por una pantalla y reconocí un amasijo de carne y sebo

fundido en la mierda. Luego, el encargado me sacó del cuarto sin decirme nada. Ni siquiera me miró.

Al funeral solo llegaron cinco personas (aparte de mi tía) a quienes jamás había visto en la vida. Entre ellos descubrí a una chica de quince o dieciséis años que parecía aburrida. Llevaba un vestido de luto y unas ridículas Converse blancas con florecitas hawaianas. Cuando se dio cuenta de que estaba mirando sus zapatillas, me sonrió y yo le devolví la sonrisa. Sin saber por qué, de inmediato me hizo un gesto de asco: metió el dedo índice en su boca, arrugó la cara y fingió un vómito. Yo le mostré el dedo medio como respuesta, pero fue tanta mi mala suerte que mi tía me pescó en pleno movimiento.

—¡Diosito! —exclamó y yo pensé que se refería al *Big Boss*, pero me estaba llamando por mi primer nombre, una confusión que he intentado sobrellevar sin ningún éxito—. ¡Diosito! ¿Pero qué puta estás haciendo?

—Nada —dije mirando con furia a la muchacha de las Converse tras el desarme de mi gesto a manos de mi tía.

—Compórtate, tu madre te observa desde el cielo.

Miré arriba y solo vi un gallinazo flaco, desteñido y asqueroso dando vueltas por encima de nosotros. «Mamá», pensé con tristeza, «Mamá, ¿ese pajarraco eres tú?».

Justo en aquel momento el pastor empezó a recitar un salmo y mi tía advirtió que aún llevaba puesto

mi viejo chullo en la cabeza. Sin darme oportunidad de reaccionar, me lo arrancó de un tirón y yo sentí que una extensión de mí acababa de ser despellejada. Era lógico. Por entonces creía que ese chullo DC sin orejeras me representaba de alguna forma y que era la marca que me diferenciaba del resto. Lo llevaba a todas partes y hasta me metía a la ducha con él. Desde los quince años solo me lo sacaba en extraordinarias ocasiones, generalmente cuando no había gente dando vueltas a mi alrededor.

Quizá por eso cuando mi tía me lo arrebató a la fuerza, yo me sentí tan desgraciado como un gordo desnudo o Kurt Cobain sin la heroína. Me cubrí la cabeza con las manos y me encendí de vergüenza, no tanto por mi corte de pelo al rape, sino por la exposición pública de mi otro yo que nadie conocía. Al percatarse de mi confusión, la muchacha de las Converse blancas redobló sus burlas. Y aquello me enfureció aún más.

Cuando se terminó el salmo del pastor, mi tía me regresó el chullo y yo volví a ponerlo en su lugar. Para entonces había hecho un pequeño charco a punta de escupitajos en el suelo, con la mente fija en mi venganza. Al tener una buena cantidad de barro, ensucié las suelas de mis Vans Old Skool y pedí permiso para ir al baño. Sin dudarlo, pasé delante de la chica de las Converse y con mis zapatillas embarradas le pisé sus lindos botincitos de flores que parecían alumbrar todo el cementerio. La muchacha soltó un grito que estoy seguro llegó a la Polinesia

y a traición me quitó el chullo de la cabeza, lo estrujó y lo arrojó sin apuntar a ningún sitio en especial. Supongo que por una cosa del destino o de los astros o de la mierda, mi gorra aterrizó sobre el féretro de mi madre. Corrí hacia allí a tal velocidad que no pude medirme e impacté con todo al ataúd, aunque felizmente lo sostuve a tiempo para no volcarlo.

Al verme, la gente comenzó a gemir y apreció algunos rostros consternados, creyendo quizá que había ido al cajón por mi madre y no por el chullo. Mi tía entonces se puso de rodillas y gritó: «¿Por qué te la llevaste? ¿Por qué te la llevaste, Señor?». Yo quedé sorprendido y rojo de vergüenza, sin saber qué hacer. El pastor se acercó a mi lado, me puso una mano en el hombro y me dijo:

—Hijo mío, volverás a verla en el reino de los cielos.

Entonces me dieron unas ganas horribles de salir corriendo de allí. Sospeché que se me venía encima un sermón, y la verdad esa idea no me molestó, pero me sentía incapaz de aguantar un discurso teológico, escuchar los gritos de mi tía y, sobre todo, ser observado por gente desconocida en el entierro de mi madre. Aquello fue superior a mis fuerzas y fugué del cementerio cogiendo mi chullo. Me habría gustado tener mi bicicleta BMX a la mano, pero la había prestado a un amigo para sus repartos de marihuana en la zona, así que me contenté con avanzar a pie.

Ahora que lo pienso mejor, fue bastante extraño que durante el entierro de mi madre no soltara una

sola lágrima en su homenaje. Estaba como taponeado. Estoy seguro de que entonces no tenía un solo atributo de dureza, al contrario, era un tipo blando. Pero incluso así, con toda mi blandura, no podía llorar. Simplemente no me salían las lágrimas. Eso me asustó. Pensé que nunca había querido a mi madre o que su antigua presencia había sido solo un espejismo para mí.

Preocupado por eso, busqué una solución y lo único que se me ocurrió fue prender la tele. Para mi sorpresa, aquello me alivió. La televisión me brindó la posibilidad de poder llorar y sentir dolor en mi interior. A oscuras, bañado por su luz celeste, me salió toda una avalancha de sensaciones mientras veía capítulos enteros de *Elfen Lied*, un anime que trataba sobre una especie de *diclonius* o mutaciones humanas, con cuernos parecidos a las orejas de gato, que asesinaban personas a través de la telequinesis. Recuerdo que no solo lloré gracias a eso, sino también que me masturbé pensando a ratos en Nyu (uno de los personajes femeninos del anime), a ratos en la chica de las Converse blancas y a ratos en el rostro de mi madre, el cual, poco a poco, se fue difuminando de mi mente como el *flash* de una cámara en las pupilas de los ojos. Puede parecer mentira, pero eso me salvó. ¿De qué? No estoy seguro, lo cierto es que me hizo sentir mucho mejor.

2

A partir de entonces comencé a vivir con mi tía, aunque la verdad siempre había vivido con ella y mi madre en el mismo sitio. Nuestro bloque era inmenso y cada nivel estaba dominado por una familia que atrincheraba las fronteras de su piso protegiéndose del exterior. Nosotros nos movíamos en la tercera planta, precisamente en la parte más vulnerable del edificio. Como no éramos muchos para defenderla, la habíamos cercado con rejas, tubos y copetes de madera para no ser desalojados o expatriados por sorpresa.

Aún puedo recordar mi asombro cuando, al día siguiente del entierro, descubrí a la chica de las Converse blancas desparramada en el sillón de la casa, leyendo en mi sitio favorito un manga de *One Piece*.

—¿Quién carajo eres tú? —pregunté enojado, pero ella ni se inmutó.

Como única respuesta, la muchacha me dio la espalda y siguió enfrascada en las aventuras de Monkey D. Luffy, el Rey de los Piratas. Estuve a punto de saltarle encima y botarla de mi casa, pero entonces hizo su entrada uno de los hombres desconocidos que había visto la tarde anterior durante el funeral. Estaba prácticamente en pelotas y se metió a la cocina caminando como un zombi. Luego surgió del baño una señora gorda, a quien también había visto en el entierro y me hizo unas gesticulaciones

con su boca (creo que fueron gárgaras) a modo de saludo. Viré hacia el comedor y, para mi horror, encontré a dos hombres jóvenes fumando y jugando cartas sobre nuestra mesa. A ellos también los reconocí en el acto, pues los había visto junto a los otros tres el día anterior.

Pensé que estaba soñando, o que la muerte de mi madre me había vuelto loco y afectado más de lo que había imaginado, pero al cabo de un rato llegó mi tía y me los presentó a todos. Dijo que eran familiares lejanos y que estaban allí para quedarse con nosotros por una temporada, ya que por desgracia habían perdido su terreno en el norte por un problema de aparcerías, marcación sicarial y no sé qué otras lindezas más. Como nuestro piso tenía espacio suficiente para alojar a toda una familia, compartiríamos la estancia con ellos sin ningún problema y, de paso, haríamos causa común para frustrar los planes de invasión de la gente que estaba al acecho de un lugar donde vivir. Después, cerró el asunto con un golpe que me pareció muy bajo: «Tu madre lo habría querido así».

Advertido de la presencia de nuevos habitantes en mi piso, me dispuse a ir a la calle para ver a mis bróders y, luego, pasar un rato por el bloque de Romana, mi chica. Me había vestido como siempre: con mi chullo negro, una polera con capucha, un pantalón camuflado con bolsillos laterales, mis Vans Old Skool y una cadena de perro que me colgaba a un lado del muslo.

—Ya vuelvo —dije, pero mi tía me detuvo.

—¡Diosito! —gritó.

—¿Qué?

—¡Estamos de luto!

—Ya no —contesté.

—¿Cómo que ya no?

—Ya no, se acabó el luto.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Ya vuelvo.

—¡Espera! —volvió a gritar—. ¿Por qué no le enseñas el barrio a Winry?

—¿Winry?

—Sí.

—¿Y quién es Winry?

La chica de las Converse blancas retiró sus ojos del manga de *One Piece* y me miró.

—Soy yo, chipi.

Creí no haber escuchado bien, así que pregunté:

—¿Cómo?

—Que-yo-soy-Win-ry, chipitaps.

Mi tía, que no era una santa, empezó a reír y a mirar mi entrepierna con cierta malicia. Como no tenía tiempo para sus mierdas, preferí ignorarlas.

—Me largo —dije.

—Espera. ¿No la vas a llevar? —preguntó mi tía.

Estaba a punto de contestar, pero Winry se me adelantó:

—Yo me quedo. No soporto a los chipis.

Salí del bloque bastante furioso. Para rematar la cosa, me topé con la familia del primer piso, una

banda de retrasados, fronterizos y medio imbéciles, quienes cada vez que me veían empezaban a eructar. Acepto que esa molestia me la busqué yo mismo por dárme las de vivo. Un día que los retrasados miraban al vacío por las rejas de la calle, los asusté con un chanchazo que salió a toda violencia desde las profundidades de mis tripas. Juro que solo lo hice para lucirme delante de mis bróders y no para activar algún patrón o clic mental en ellos al momento de verme. Pero la gracia me salió al revés. Desde entonces, y de manera automática, los subnormales me bombardeaban de chanchos cuando me tenían frente a su radar.

Aplastado por el concierto de eructos, llegué al parque y me encontré con mis camaradas de toda la vida. Estaban improvisando un *freestyle* acompañados de un *beap* que salía del parlante que habían robado hacía unas semanas. Cantaba Crook:

*Yo aquí sacando mis líricas más feroces
a mí me gusta cantar, así como atravesado
soy un criminal, alguien demasiado real
y en este ambiente a mí nadie me puede igualar
adelanto mental
me follé a tu vieja en el hospital
¿cómo te pegó esa letra?
¿ya te diste cuenta?
aquí
como en esta vida
no hay una sola mierda*

y muchos menos la jodida moraleja
You, you...

Cuando al fin acabó la improvisación, los muchachos vinieron a mi sitio. Crook me saludó estirándome su puño. Luego, Krosty empezó a cantar. A esas alturas todos estaban enterados de la muerte de mi madre y agradecí que tuvieran la elegancia de no darme sus condolencias y, sobre todo, de no haber asistido en grupo al funeral. Su silencio respecto a ese tema me reconfortaba.

Al cabo de un rato llegó Matute con mi BMX. Se había agenciado algunos billetes haciendo los reparos de marihuana por todo el vecindario, gracias a la venia sicarial de su tío El Perro. Cuando nos saludó, dijo que le habían sobrado un par de pavitas para compartir. Como ya las tenía armadas empezamos a prendernos. Krosty colocó un *freestyle* de Arkano y dejó sonando el parlante mientras el humo nos adormecía por dentro.

Fumamos sin decirnos nada. Tranquilos, meditando y sin ninguna otra esperanza que el presente mismo. De repente un «¡Mierda!» de Crook nos sobresaltó:

—¿Qué fue? —preguntó Krosty.

—Tenemos que coger a *ese* hijo de puta —ordenó Crook—. Es una vergüenza y una amenaza para este bloque.

Automáticamente todos vimos nuestro edificio erecto, sucio y carcomido por el salitre del mar.

Una mole en peligro de caerse y aplastar a todas las familias que sobrevivían en sus entrañas de cemento. Aquel bloque podía ser toda la mierda que la gente quisiera, pero era nuestro, nos había protegido desde la infancia y habíamos correteado por sus gradas e innumerables recovecos llenos de drogadictos y apretones. Todos podíamos recordar los centenares de cadáveres que habían entrado o salido de su jurisdicción. Habíamos sido testigos de las inevitables balaceras que de cuando en cuando se originaban dentro de sus pisos. Más de una vez vimos cuerpos destrozados en la acera tras haber caído de él. Era así. Estábamos configurados por todo lo que había sucedido en aquel lugar. Por eso, si algo ofendía o injuriaba al bloque, nuestro deber era salir a exterminarlo.

—¿De quién estás hablando? —preguntó el Muelas, el más pequeño de la banda pero el más loco también. Era famoso en todo el barrio por su endemoniado descontrol. Un día destrozó con un fierro la cabeza del chino que vendía helados solo porque este aparentemente lo miró mal. Mis bróders, en lugar de auxiliar al asiático, se robaron todos sus helados. En otra oportunidad, al Muelas se le metió el demonio en un partido de fútbol con la banda de un bloque vecino. La pelota le chocó de casualidad en la nariz y entonces, sin pensarlo dos veces, levantó una de las bolsas de basura que habíamos colocado como arco y se la estampó en la cara a un tipo del otro equipo. El resultado fue una

batalla campal en la que Krosty perdió un diente y Matute un pedazo de uña.

—¿De quién estás hablando? —repitió el Muelas.

—Arnao —dijo Crook.

—Tienes razón —exclamó Krosty—, ese gordo tiene demasiados granos en la cara y apuesto que tiene más granos en el culo.

—No es por eso —dijo Crook.

—¿Entonces?

—Me enteré de que le gusta masturbarse frente al tragaluz central del bloque y arrojar su porquería al vacío.

Todos nos reímos. Supimos en el acto que el esperma del gordo Arnao había aterrizado de alguna u otra forma en la cabeza de Crook y por eso quería matarlo.

—¿En qué piso vive el cagado ese? —pregunté.

—Doce, creo.

—¿Desde allí tira toda su mierda?

—Sí.

—¡Hay que cogerlo! —gritó Matute—. ¡Hay que coger a ese cerdo!

—No aguanto a los pajeros —dijo el Muelas.

—Y a mí no me gustan los gordos que se creen vivos —opinó Krosty.

Mis bróders se levantaron de la tierra y fueron a coger sus BMX. Crook, por su lado, encendió su minimoto Pocket Watts Camel 01, una maquinita amarilla de cincuenta centímetros de alto que, junto con su hermano mayor, había robado de una cochera de

Miraflores. Como Matute no tenía bicicleta, se trepó en los *pets* de la mía y fuimos en busca de Arnao.

3

Cuando estábamos a unos metros del portón, recordé de golpe que había quedado en ir donde Romana para arreglar nuestros asuntos. En los últimos días las cosas parecían haberse tensionado de tal modo que ya ni siquiera me dejaba meter la mano debajo de su *jean* o de su calzón. Esa era una actitud demasiado rara en ella, y, francamente, me preocupaba. No tanto por Romana, sino más bien por mí, pues cada vez que estaba caliente y me negaba un polvo, tenía que arreglármelas con la paja para expulsar por mi cuenta los millones de espermatozoides que revoloteaban con furia en mi interior como un nido de oxiuros.

Todo eso me descuadraba, sobre todo porque Romana siempre había sido una chica muy sexual, mientras que para otras cosas era una completa vaga a la que ni siquiera las ociosas de sus amigas podían superar. Al igual que mis bróders y yo, Romana y las tres o cuatro chicas que formaban su pandilla vivían en un bloque. Este edificio estaba a un par de kilómetros del nuestro, por el Llauca. Aunque tenía la misma estructura, era un poco más pequeño y se distinguía por ser un hervidero de putas que trabajaban en El Trocadero o El Botecito.

La pandilla de Romana no era exactamente una banda o un grupo delictivo como Barrio King, sino más bien era una especie de club de amigas en donde cada una de sus integrantes se pasaba la vida escuchando *chill out*, esa degeneración del hiphop y la música electrónica que solo sirve para dormir o meterse un bate. Inyectadas con aquel ritmo, fumaban o se pintaban las uñas o se hacían rulitos en el pelo y cosas por el estilo. Les gustaba estar siempre a la moda y, a pesar de ser más pobres que una rata, vestían ropas nuevas y de marca. Aunque nunca quisieron confesarlo, hasta ahora sigo sospechando que o se robaban las prendas de las tiendas, o se tiraban al encargado para que se las regalara. Una de dos. Porque la verdad, Romana y sus amigas no hacían absolutamente nada para ganarse la vida.

Puede que ahora parezca mentira, pero Las Heathers (así les decíamos por la película del mismo nombre en la que salían Winona Ryder y Kim Walker) eran durísimas y arrebatadas. A veces hasta daban un poco de miedo. Su facha de adolescentes fresca resultaba engañosa y a las finales era solo eso: una fachada. Cuando se les metía la locura, no existía quien las pare. Recuerdo que una vez, mientras salíamos en grupo del cine, unos venezolanos en moto empezaron a decirles obscenidades y trataron de meterles mano delante de nosotros. Crook, Krosty y yo salimos a defenderlas y a armar bronca, pero los tipos nos pararon en seco al ponernos en medio de los ojos una pistola que, a mí, en la confusión, me

pareció una Beretta. Si bien sabían que ya habíamos perdido, Las Heathers quisieron ridiculizarnos y, de paso, poner en cintura a los extranjeros. Se colocaron delante del cañón de la pistola y Romana llevó su frente a la boca de fuego.

—Dispara —retó al líder del otro grupo.

—¡Aprieta, hijo de puta! —animó La Crazy, una de las amigas de Romana.

—¿Qué? ¿Se te arrugó el culo? —la apoyó Luchi.

Lo que nos heló la sangre fue ver cuando Romana cogió el arma y la mano del sujeto e intentó forzarlo a disparar. Yo creí que se había vuelto loca y que muy pronto habría que llevar su cadáver sanguinolento al bloque y esconderlo por ahí. Pero para nuestro alivio, el venezolano arrugó y se fue diciendo que las «chamas» tenían más huevos que nosotros, lo cual, se mirara por donde se mirara, era la pura verdad. Al final, Las Heathers los despacharon a punta de insultos y mentadas de madre, mientras mis bróders y yo tratábamos de calmarlas.

Aunque en el fondo nos incomodara aceptarlo, les teníamos respeto, pero, sobre todo, miedo. Cuando hacíamos alguna salvajada, nos gritaban peor que un policía. Cuando las insultábamos, nos golpeaban peor que nuestras madres. A veces venían a reclamarnos y a humillarnos salidas de la nada, casi por pura diversión.

Por todas estas cosas, supe que tenía que llegar puntual al bloque de Romana o si no... bueno, si no, podía despedirme de mis huevos o de alguna cosa

peor. Les avisé a mis bróders y estos, conociendo los antecedentes de Las Heathers, me dijeron que volara.

De modo que ajusté mi chullo para que no saliera disparado en el camino y enfilé a toda velocidad hacia el Llauca. Iba haciendo saltos sobre los rompemuelles o socavones de las pistas y trepando en una sola llanta los muros y veredas. Tenía mis audífonos encendidos y escuchaba *Dear Mama* de 2Pac, recordando a mi madre y nuestros últimos momentos juntos en el bloque. Cuando salí a la carretera abierta, la humedad cortante del puerto llegó con furia sobre mi cuerpo duro y escurridizo como un pez. Filudas gotas de llovizna trataban de cegarme y entonces me vi obligado a usar un brazo a modo de visera.

Así estuve por un rato hasta que al fin alcancé a entrever el montón de bloques del barrio de Romana. No tenía ningún temor de ingresar a ese territorio ya que de alguna forma era también el mío. En uno de los bloques había una cabina de internet y allí, con mis bróders, me encerraba horas jugando Counter-Strike, Dota2 o StarCraft. También había un billar y algo parecido a un cineclub, un garaje con proyector y ecrán caseros, donde solo entrábamos para ver películas tan dispares y pasadas de moda como *Kickboxer* o *Depredador*.

Los pandilleros del barrio, esa gente que dominaba todo el sector, me tenían identificado y no se hacían problemas con mi presencia por allí. Total, yo no iba a buscar problemas o a mearme sobre sus

paredes. Era muy cuidadoso con eso, pues sabía que en las calles uno evita o labra su propia desgracia.

Para ser completamente franco, diré que entonces yo tenía pocas amigas, pero cuando conocí a Romana ya no tuve ninguna. Había algo en ella que alejaba a las mujeres y atraía a los hombres. Aquello resultaba problemático, porque cuando salíamos por ahí siempre terminaba peleándome con algún tipo que miraba demasiado o le soltaba alguna obscenidad. Romana podía defenderse sola, eso lo sabía de sobra, pero como toda loba en celo le encantaba que los machos se despellejaran en su honor.

Nuestro romance o, si se quiere, amistad, empezó nada más terminando la escuela. Cada fin de semana uno de los bloques vecinos organizaba eventos de competencia en los que representantes de otros edificios llegábamos para medirnos en diferentes disciplinas como *skateboarding*, BMX y *freestyle rap*. Los ganadores de cada edición eran retados todo el tiempo a defender su título, y las batallas se volvían proverbialmente épicas, reuniendo a toda la carne dura del barrio. Las Heathers, fieles a su costumbre, jamás se perdían un solo evento e iban vestiditas de forma tan deliciosa que aún me parece verlas: *jeans* anchos y a la cadera que enseñaban las ligas del calzón, botas Caterpillar sin amarrar, *crop tops* ceñidos al máximo por encima del ombligo con *piercings*, bandanas o gorras hóper, pañoletas amarradas en las muñecas y aretes enormes tipo argolla.

Elitistas a su manera, Las Heathers cerraban su grupo y solo se dejaban admirar desde lejos mientras se emborrachaban o fumaban entre ellas. Muy pocas veces compartían su círculo con algún hombre. Y si lo hacían, era siempre con los ganadores o con los tipos más populares del evento. De vez en cuando también rompían sus códigos cuando alguien les gustaba o creían haber encontrado algo especial que, por lo general, no duraba ni media hora.

El día que Romana me echó un ojo (yo ya se lo había echado desde hacía mucho) fue casualmente el día que nuestro bloque se llevó de encuentro todas las competencias del evento. Crook ganó en *freestyle rap*, Krosty en *skateboarding* y yo en BMX. Dos de sus amigas abordaron a mis camaradas y ella me cercó a mí:

—¿En serio te llamas Diosito?

—Sí —le dije.

—Tienes el nombre de un puto amo.

—Ese soy yo.

Luego recordé que ella se llamaba Romana. Es decir: RO-MA-NA. «¿Quién puede llamarse de esa forma?», pensé. Aquello me dio la idea de una ciudad, de un pedazo de historia, de una balanza de mano, de todo, salvo de una mujercita capaz de arrancarte los genitales con los dientes. Aunque lo pensé así, no se lo dije. Solo acepté su proposición de llevarla en BMX hacia su bloque. Al fin y al cabo, yo era un tipo de muy pocas palabras pero de mucha acción.

No tengo por qué especificar todo lo que pasó cuando llegamos a su piso y me introdujo a su habitación. Solo diré que entonces estaba muy sudado por la reciente competencia, apestaba a podrido y no tenía preservativos a la mano.

Todos estos inconvenientes parecieron importarle muy poco a la líder de Las Heathers e igual me devoró regocijándose en mi mal olor y en todas las porquerías que me obligó a hacer, como oler sus flatulencias o sorber su orina. Ese tipo de cosas le encantaban y yo me sentía utilizado cuando me exigía hacerlas. Es más, ni siquiera le importaba que yo terminara si ella se había corrido primero.

Nuestra relación no era una cosa que podía tomarse muy en serio. Ella se tiraba a otros sujetos y yo, por mi parte, no me tiraba a nadie, pero sí me masturbaba pensando en otras chicas, en Lana Rhoades, por ejemplo, lo cual compensaba de algún modo el asunto. Para hacerme sentir mejor, Romana me juraba que yo era el único hombre que se la metía sin preservativo. Según ella, conmigo había una conexión diferente y, además, confiaba totalmente en mí. Hacerlo a pelo significaba la prueba de su «amor» y el testimonio definitivo de que me había elegido a mí por encima de todos los demás. Y yo, por estúpido que pueda parecer, le creía.

Cuando al fin llegué a su bloque, silbé con todas mis fuerzas. Al reconocer el tono del chiflido ella se asomó por una ventana de su piso y me hizo una señal de espera. Aguardé haciendo algunos trucos con

mi BMX, muy tranquilo como siempre. De pronto, tres pandilleros avanzaron sospechosamente hacia mi sitio. Me detuve para medirlos. Creí que me reconocerían, pero los cabrones o estaban muy fumados o eran nuevos reclutas en el barrio.

Cuando estuvieron frente a mí, dijeron:

—Saca la vuelta, pendejo.

—Arranca del bloque, no queremos muertos feos.

Los miré y reflexioné en mi respuesta. Pero para mi mala suerte, mi reflexión fue una estupidez:

—Fea tu vieja, huevón —dije.

Supongo que fue una respuesta que no esperaban, pues se quedaron sorprendidos por unos segundos. Luego, reaccionaron:

—¿Qué has dicho? ¿Quieres morir, concha tu madre?

Uno de los tres sujetos sacó un cuchillo que casi parecía un alfanje de carnicero y se me acercó con las peores intenciones del mundo. Cuando estaba a punto de darle en la cara con mi bicicleta, apareció Romana y lo cogió de la coleta que salía por la ranura de su gorra y lo jaloneó con tanta fuerza que el infeliz se fue de espaldas contra el piso. Los otros dos retrocedieron sorprendidos.

—¿Qué chucha les pasa? —gritó la líder de Las Heathers.

—Nada, loquita —contestó uno de los pandilleros—. Solo peinábamos la zona y vimos carne fresca.

—¿Carne fresca? ¿No saben que él está conmigo, que es parte del barrio?

—Ni idea...

—Pues ahora lo saben. Grábense bien su cara, porque es muy probable que se mude conmigo para siempre. ¿La captan?

—Sí.

—Entonces chau.

Los pandilleros se fueron avergonzados, volteando a cada segundo por miedo a ser tomados nuevamente por sorpresa. Cuando desaparecieron de nuestras vistas, Romana me arrastró hacia un callejón donde algunas veces habíamos tirado como dos perritos. Creí que al fin volveríamos hacerlo, pero para mi asombro, justo al momento que estaba por cogerle una de las tetas, ella me detuvo:

—Diosito, voy a ser lo más directa posible —dijo con absoluta seriedad. Pensé entonces que me hablaría sobre la muerte de mi madre y que ejecutaría un papel falso tratando de consolarme. Esperé malhumorado sus palabras de ánimo, pero a las finales salió con otra cosa que me descuadró.

—Diosito, estoy preñada.

Preñada...

Preñada...

Naturalmente no supe qué decir, aunque en realidad sí lo supe, pero me mordí la lengua para no contestar un «¿de quién?», pues eso habría significado mi sentencia de muerte ante Las Heathers.

Entonces la miré. Me miró. Nos miramos por un rato. Estaba tan provocativa como siempre que no me habría importado tirármela allí mismo por más

preñada que estuviera. Pero de golpe, todo deseo desapareció de mí y tuve consciencia de lo que sus palabras pretendían y simbolizaban.

Antes de contestar con alguna estúpida frase, pensé en la ironía del destino. En menos de una semana acababa de acumular un paquete de experiencias que solo se consigue con años de supervivencia en las calles de esta asquerosa ciudad: la presencia absoluta de la vida y de la muerte. Sí, el destino me había arrebatado una vida, pero ahora me entregaba sorpresivamente otra. Y eso, aunque me pareciera una broma de mal gusto, estaba bien.